

# Por una antropología del desarrollo económico\*

*Jean-François Baré*

Si la théorie a les mains pures, elle n'en a pas moins des mains.

Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire*

## ¿POR QUÉ LA ANTROPOLOGÍA?

Se presentan aquí los motivos y las grandes líneas de una investigación antropológica sustentada, de entrada, en una pregunta simple: ¿cómo dar cuenta de la acción de las instituciones modernas que tienen por vocación explícita el “desarrollo” (llamado a veces “económico”, a veces “económico y social”),

---

\* Este artículo y la investigación que presenta se han beneficiado de numerosos comentarios e intercambios. Antes que nada con los colaboradores de las investigaciones en curso: consultores y funcionarios del Banco Mundial (BM), funcionarios de la Comunidad Económica Europea (CEE), miembros de la administración tunecina, miembros de proyectos de la United States Agency for International Development (USAID) y responsables de oficinas de estudios. Reconozco a mis colegas Jacques Charmes, Jean-Pierre Chauveau y Philippe Couty del ORSTOM (Organización de Investigación Científica de los Territorios de Ultramar, en la actualidad Instituto de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación [IRD], de Francia) por el diálogo que pude mantener con ellos. Agradezco a Gérard Lenclud haber releído el manuscrito. Evidentemente quedo como único responsable de los puntos de vista expuestos en este texto. Extractos de él han aparecido en el Boletín colectivo *Économies en transition*, del ex departamento H del ORSTOM (1987).

NB. Aunque escrito hace casi 20 años, nos ha parecido pertinente traducir este artículo e incluirlo en este volumen. Dicha conveniencia se debe a que, aunque las nociones de desarrollo económico y económico social han dejado de estar a la moda, el objetivo de crear más riqueza, que es otra manera de abordar del desarrollo, sigue estando en el centro de las preocupaciones de las élites gobernantes de muchos, entre ellos México. Por otro lado, más allá del tema del desarrollo económico, el uso del enfoque antropológico para analizar instituciones públicas no pierde vigencia, como lo muestra este texto.

ya sean “grandes” (como el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo [BIRD]) o “pequeñas” (como las organizaciones no gubernamentales [ONG])? En tanto tales, esas instituciones son poco conocidas, igual que otras formas sociales propias de las sociedades industriales. Parecería que fueran constituidas específicamente, y que esta especificidad repercutiera sobre la naturaleza misma de la intervención económica para el “desarrollo”. Por ello, el proyecto de partida, que considera estas formas institucionales como hechos culturales y sociales entre otros, es decididamente descriptivo y evita cualquier polémica que este tipo de campo comúnmente suscita hasta el infinito.

Pero este proyecto, así definido, no podía contentarse con dirigir su atención a los hechos institucionales mismos; los *corpus* de referencia y de análisis que definen sus límites, la economía del desarrollo, incluso la economía moderna simplemente, debían ser objeto de una atención por lo menos igual. De ahí el título tan general de este artículo: el marco del estudio es necesariamente muy vasto. De ahí también la necesidad de abordar en primer lugar, a título de ejemplo, algunas cuestiones antropológicas planteadas por la semántica de la palabra desarrollo en la teoría económica, antes de presentar rápidamente algunas modalidades y problemas del trabajo “de campo” *stricto sensu*. El apasionante tema de estudio constituido por las relaciones entre historia, sistemas culturales y macroeconomía, constitutivo de la investigación presentada, no puede ser abordado más que de manera cursiva (Baré 1987). En el marco impuesto, un tema tan vasto no puede presentarse más que de manera sumaria.

Sin embargo este muy vasto campo de investigación (el desarrollo económico como proceso histórico, como *corpus* conceptual y como dispositivo institucional y social) es el que parece imponerse, digamos, sobre las categorías locales presentes. Las nociones de desarrollo y de subdesarrollo tienen sentido en el vocabulario común. En la medida en que existen lazos indisolubles entre macroeconomía y desarrollo, el desarrollo atañe de manera diferente a todas las sociedades del mundo. A fin de cuentas, los conglomerados humanos organizados, cuya realidad en tanto que *corporate groups* no puede ponerse en duda, definen su acción en referencia a la noción de desarrollo sin especificarla de otra manera, de tal

suerte que las palabras “económico” y “social” tienden a desaparecer de su etiqueta. Es el caso, por ejemplo, del BIRD (una parte del Banco Mundial) y de los bancos regionales y nacionales llamados “de desarrollo”, de la Organización para el Desarrollo y la Cooperación Económica (OCDE), de la Dirección General del Desarrollo (llamada también “Dégé 8”), de la Comisión de las Comunidades Europeas (CCE), e incluso de IRD, etcétera. En ello, este proyecto procede directamente de ese axioma de importancia decisiva en el método antropológico, según el cual “el informante siempre tiene la razón”, y la “realidad indígena” debe tomarse en serio.<sup>1</sup>

El sentido de la palabra desarrollo está, en efecto, sujeto a demasiadas variaciones históricas, con demasiados comentarios y acepciones para que podamos permitirnos silenciar los enunciados locales, lo que dicen los actores. Nos encontramos entonces –iba a decir a pesar nuestro– en la situación arquetípica del “campo” antropológico.

Pero esto no debe hacernos entrar en un trance relativista: la industrialización, el aumento de la productividad agrícola, del ingreso *per capita*, la satisfacción de las “necesidades fundamentales”, todo eso existe y muestra bien el “desarrollo” tal como lo entiende la economía. La paradoja siguiente debe llamar la atención del antropólogo: el “desarrollo”, fenómeno real e identificado, está sometido, en sus diferentes formas (teoría económica, instituciones para el desarrollo, proceso histórico), a presiones contradictorias que tienden a su desintegración como objeto coherente y específico. El “despegue” de los Nuevos Países Industrializados (NPI) de Asia no puede ser superpuesto al desarrollo de Europa; se duda siempre de las posibilidades de comparación entre indicadores económicos de regiones o de países diferentes; no se sabe de manera segura si hay una o varias teorías económicas del desarrollo; etcétera. Entre todas estas oscilaciones, el término mismo de “desarrollo” es problemático; no puede ser entonces más que provisionalmente entendido, hasta su discusión, ya sea en la acepción clásica como fenómeno descubierto por la economía política (en resumen, la satisfacción de las necesidades fundamentales del hombre por un crecimiento económico auto-

---

1. Cf. sobre todo Evans-Pritchard (1973), citado por Favret (1977:25).

mantenido y equilibrado),<sup>2</sup> o como el conjunto de dispositivos “de ayuda para el desarrollo”, dos acepciones frecuentemente confundidas.

Tal propósito, que orienta a la antropología hacia las sociedades industriales y hacia lo que podría considerarse el “Corazón” –la Economía con E mayúscula– (Dumont 1983; Sahlins 1980), sigue siendo inhabitual en la disciplina, aun cuando se pone atención, como es mi caso, a diferentes trayectos intelectuales de naturaleza que me parece comparable, y que “la moda” parece acercar.<sup>3</sup> Su exposición necesita entonces una desviación que se hará tan breve como sea posible, antes de entrar de lleno en el tema.

Me parece que este proyecto suscita dos cuestiones esenciales, que por lo demás aparecen irreductiblemente ligadas entre sí. La primera, ya clásica, concierne a las condiciones de posibilidad de una antropología de las sociedades industriales, pero la segunda podría ser: “¿Qué diablos tiene que hacer la antropología con el desarrollo económico?”, un campo de estudio que según los puntos de vista puede aparecer de orden puramente “técnico”, como una mezcla dudosa de etnocentrismo e imperialismo, de campesinos desplazados y de chimeneas industriales, o como surgido de la categoría “ésta no es mi taza de té”. El “desarrollo” que procede a la evidencia, al menos en su forma conceptual e institucional, de las sociedades industriales mismas, llamadas también “desarrolladas”, es la cuestión por la que quisiera comenzar.

- 
2. Para la variedad de las definiciones sobre la cual se volverá, ver las obras recientes de economía del desarrollo, de entre las cuales retomamos aquí, especialmente, la de Hagen (1982), y la de Guillaumont (1985).
  3. No me parece ni útil ni posible, en el marco de un artículo, discutir hasta el cansancio acerca de lo que es o no una sociedad industrial. La definición de Aron (1964), completada por la de sociedad “post-industrial” de Touraine (1969), me conviene muy bien, aun cuando es susceptible de numerosos comentarios. Para el tema abordado aquí se recortan perspectivas, sin que por ello se superpongan con los trabajos de J. P. Chauveau, J. P. Dozon, Ph. Couty; pienso más generalmente, sin exclusividad ni coherencia particular, en los estudios ya viejos de etnología urbana de Francia, impulsados por G. Althabe; en la misma antropología política de Francia (¿la misma u otra?), realizada por M. Abéles. Están las observaciones analíticas bien conocidas y particularmente agudas de M. Augé, en sus diferentes obras. No menos notorios y representativos de nuevas perspectivas son los trabajos actuales de L. Dumont y de M. Sahlins, cuya última parte de *Culture and Practical Reason* (1976) constituye ciertamente un “detonador” de la presente investigación.

Esta discusión se aligeraría considerablemente si se admitiera que la antropología en tanto tal nada tiene que ver con el “desarrollo” —salvo porque se trata de un hecho social y ésa es, en suma, toda la cuestión—, de la misma manera que un sistema de linaje no se convierte en tal por el solo hecho de que se hable de él. Eso supone entonces tratar al “desarrollo” como un conjunto de formas socio-históricas y culturales específicas, las mismas que definen la vocación de la antropología. Ésa es la posición sostenida aquí. Y tal supone, una vez más, que se practique en relación con el sujeto de estudio esa suspensión del juicio tan indispensable en la búsqueda antropológica, y guardarse de orientar la trayectoria según tal o cual elección ética o ideológica —adhesión beata a lo que sería “el progreso” o posición antropológica llamada “crítica” de entrada, pero generalmente muda acerca de sus propias premisas.

Más generalmente, el punto de vista subyacente a este proyecto es que la antropología no puede ser definida por un objeto que estaría dispuesto dentro de lo real como fuera de sí misma, de la misma manera como la física no se define por la yuxtaposición hipotética de los metales pesados, del espín del electrón o de la caída de los cuerpos. En el caso de la antropología, la homogeneidad de este objeto estaría además por demostrarse, como lo muestran la indecisión e imprecisión de los términos que supuestamente lo designan: sociedades “primitivas”, “exóticas”, “no industriales”, etc. La antropología, en el sentido utilizado aquí, es definida por la dimensión de lo real que la funda y que específicamente ha reconocido la cultura, entendida como la actualización de “esquemas simbólicos determinados, pero que nunca son los únicos posibles” (Sahlins 1980:8), esquemas que no por ello son menos eficaces. Desde este punto de vista, la cuestión de saber si una antropología de las sociedades industriales es posible cae por sí misma, a menos que se considere que los miembros de esas sociedades actuarían por no se sabe qué milagro en un universo sin elección y sin *habitus*, sin especificidades de conceptos, de lenguas, de organización social y de historia; en suma, en una racionalidad sin especificidad que proviene, a decir verdad, de una hipótesis de ciencia ficción. El hecho de que “el carácter único de la civilización occidental reside posiblemente en la ilusión de que la sociedad y la economía son construidas de manera pragmática” (Sahlins 1980:262) y que ello pudiera, en algunos aspectos, ser extendido al desarrollo económico,

constituye evidentemente un fenómeno de otro orden que la antropología no tiene por qué tomar como un hecho dado, pero del que sí tiene obligación de dar cuenta. Así, al hilo de la reflexión, la inspiración general de este proyecto se sitúa en la obra de Sahlins, *Culture and Practical Reason*, a mi entender decisiva y quizás insuficientemente percibida. Pero las cuestiones que pueden formularse a propósito de las relaciones entre antropología y desarrollo económico son también de otra naturaleza: son las cuestiones ligadas a la instrumentalización de las ciencias sociales y a la “acción”.<sup>4</sup>

Ciertamente no se puede militar por la ignorancia; pero igualmente debe señalarse que el conocimiento (especialmente el antropológico) y la acción (especialmente la económica, de la que procede el “desarrollo” en su forma institucional), son procesos de naturaleza distinta. “Cada campo de acción”, nos recuerda Veyne (1971:168), “tiene su lógica escondida que orienta a los agentes independientemente de la conciencia que éstos tengan de ella [...]”. Si además, los resultados de la investigación aquí presentada tuvieran una utilidad, sería ciertamente la de un mejor conocimiento de los sistemas de acción actualizados en la intervención económica o en la intervención llamada “de desarrollo”, sistemas de acción cuya realidad no habla por sí misma.

La antropología, en sí, sabe reconocer exactamente un sistema de linaje, pero no sabe, por sí misma, si es necesario o no aumentar la productividad de la agricultura en la región considerada, y si lo es, no sabe si es necesario *alquilar, prestar o dar* un tractor y a quién: ¿a cada línea familiar, sólo a los primogénitos, a todos los hombres, o sólo a las mujeres? Sabe aún menos si es más conveniente dar tractores, medicamentos o tratados integristas, y si es así, cómo hacerlo de manera “óptima”; en tanto tal, no lo sabrá jamás, puesto que el proyecto que la funda histórica y científicamente no es una praxiología.<sup>5</sup> Por otro lado, se puede dudar que “una” praxiología del desarrollo, independiente de la multiplicidad de valores y situaciones, exista jamás. Y es que las reglas están en otro lado. Lejos de mí, pues, la idea de querer confinar a la antropología en lo que sería su pequeña nube, o de negar a quien sea su libertad en la acción

---

4. Este problema, contrariamente a la idea general, es probablemente tan viejo como las ciencias sociales mismas, y constituye entonces un tema de investigación por sí mismo. Ver en *L'anthropologie appliquée* de R. Bastide, las observaciones de C. Robineau sobre la figura histórica del antropólogo británico como “mediador”, *ombudsman*.

social; pero prestando atención a la economía moderna ya no es cuestión de aventurarse en lo que me parece ser la considerable confusión de los debates, internos y externos a la profesión, acerca de lo que convendría o no hacer, en tanto que antropólogo, “para”, “contra”, incluso “en” lo que sería “el desarrollo”. Esta cuestión merece ciertamente mucho interés, pero me parece que a título de *case study*, en tanto que sus condiciones de enunciación bien podrían ser comunes a aquéllas, necesariamente específicas, que organizan el discurso mismo del desarrollo.

En lo que concierne a la elección del tema, éste procede, evidentemente –aparte de los azares de un itinerario personal– de lo que podría considerarse sin gran riesgo como la importancia de los “modelos” económicos occidentales en la historia de las sociedades del mundo, y de la atención –no obstante comparativamente débil– concedida por la antropología *stricto sensu* a esas cuestiones, en el marco de estudios directos. Esta empresa reconoce, por supuesto, toda su deuda hacia aquellos de los grandes trabajos antropológicos e históricos contemporáneos que han prestado atención a las sociedades “modernas”, pero se dedica a aspectos más específicos. Sin duda, es necesario reconocer las riquezas de la antropología llamada “económica”, pero aquí se trata más bien de una antropología de la economía, teniendo que ser remitidos los motivos de esta distinción a una

- 
5. Hablando de una ciencia de la acción como “la más clara esperanza de las ciencias humanas”, Veyne la ve como “una tierra de nadie aún no nombrada” (1971:168). ¿Fue “nombrada” en 1987? Para lo que concierne a la confusión general de las opiniones: una personalidad conocida por la antropología francesa, viendo que yo seguía la reforma del ORSTOM de 1982-1983, me pidió mantenerle al corriente de lo que se llamaba “la reflexión sobre el desarrollo” porque, decía él, eso le interesaba. Como le dije que yo no sabía mucho acerca de qué se trataba en realidad, él respondió inmediatamente: “¡Ah! Yo lo sé bien, el desarrollo, es las redes estratégicas del imperialismo, etcétera”. ¿Se habrán caído de cabeza los dioses?

Conocer los problemas del desarrollo no es resolverlos: entre el conocimiento y la acción hay sistemas de comunicación y de acción. El ministro de la Cooperación señala en 1987 que una de las vocaciones de la investigación para el desarrollo es aclarar “a los responsables de las políticas de desarrollo acerca de los efectos negativos de algunas decisiones” (Discurso de Aurillac en el ORSTOM, 19 de mayo de 1987). Muy bien, pero ¿qué es “negativo”? Lo que es negativo hoy puede ser positivo mañana; quien piensa hoy que el éxodo rural acabó por proveer de mano de obra, en término medio, a las ciudades o a las industrias periféricas, encontrará mañana que

nota para no hacer más pesado este texto.<sup>6</sup> La literatura especializada en las cuestiones de “desarrollo” es considerable, pero no se trata propiamente de antropología, sino por azar y un poco a la manera en que *Monsieur Jourdain*<sup>†</sup> hacía prosa. Por el contrario, numerosos y ricos trabajos de economistas

la agricultura está en la ruina. El arbitraje está oficialmente en las manos, digamos, del “poder político”, pero por definición las orientaciones del poder político cambian, mientras que igual los problemas de fondo subsisten.

Después de esto, sería poco amable de mi parte no indicar mi posición. Creo que las relaciones entre la antropología y los dispositivos de intervención económicos y sociales deben seguir siendo dialécticos, y que la utilidad de la antropología toma cuerpo en su diálogo con la sociedad civil, que incluye, en mi opinión, esos mismos dispositivos, contrariamente a la acepción “hegeliana” de la cosa: en términos generales es necesario que se hablen. Por otro lado, me parece bien lo que está sucediendo. No tengo ninguna hostilidad de principio contra una antropología “acabada”, por el contrario, y no me adhiero en lo absoluto a la posición más o menos implícita y más o menos histórica según la cual hablar con el poder político es un pecado. Algunas aventuras como las de Monteil, Tillon y Servier, reclutados en el primer gabinete del gobernador general Soustelle cuando la insurrección argelina con resultados bien diferentes, permiten explicar en parte el nerviosismo de la antropología frente al poder político (Courrière, *Histoire de la guerre d'Algérie*, t. 1. París, Fayard, “Les fils de la Toussaint”)

6. La antropología económica en la que puede pensarse parece haberse dirigido, por su propia voluntad, hacia cuellos de botella (Godelier [ed.] *Un domaine contesté: l'anthropologie économique*. París-La Haya, Mouton, 1974), tal vez por haber creído que una antropología económica podía ser diferente de una antropología de la economía o, por lo menos, de lo que se considera en lo real como la economía. En tanto que cuerpo histórico y cultural (Dumont 1977), puede en efecto preguntarse si la economía puede verdaderamente ser otra cosa que ella misma, aunque fuera a lo Vanuatu.

Que una diversidad casi infinita de dispositivos económicos sea perceptible –como las teorías macroeconómicas de todos los horizontes se agotan hasta la reducción–, no parece poder constituir una antropología específicamente “económica”: el problema, desde este punto de vista, no es que esos dispositivos sean económicos, sino que haya diversidad en ellos. Que un franco sea utilizado por una unidad doméstica francesa para comprar una SICAV [Sociedad de Inversión de Capital Variable] o por un linaje soninké para construir una mezquita, no impedirá jamás que sea un franco en los dos casos. Sin embargo, la antropología “económica” no parece haber estado atenta a la cuestión ¿qué es ese franco?, pensando tal vez que se estaba entonces en el reino de la economía financiera o de la economía internacional, que se saldría entonces del ámbito de lo cultural y, estoy tentado a decir, de la condición humana. La mezquita y el franco están presentes, pero la mezquita no tiene nada que ver con el franco. La mezquita reviste indudablemente un interés considerable, pero digamos que es al franco y a todo lo que éste conlleva que el programa presentado aquí dirige su atención.



y de historiadores definen a este respecto las perspectivas en las que la antropología se sitúa, pero en las que parece negarse a instalarse.<sup>7</sup>

¿En qué, entonces, el “desarrollo” concierne a la antropología? Antes que nada, como categoría de un sistema semántico.

#### LA NOCIÓN DE DESARROLLO COMO CATEGORÍA DE UN SISTEMA SEMÁNTICO

##### *La categoría de desarrollo en el campo de la economía política*

Considerar la palabra “desarrollo” como una categoría semántica podría, en ciertos aspectos, aparecer como una banalidad. Puesto que esta categoría procede de una disciplina con vocación científica, podría hacerse además el mismo señalamiento a propósito de muchas de sus homólogas, especialmente en ciencias sociales; pensemos así en los debates antropológicos sobre la noción de “estructura”, de los cuales puede pensarse que estaban en parte muy ligados al irreducible halo semántico de la noción; asimismo, según Boyer (1986:58), las dificultades de la teoría económica de la “regulación” se deben en parte a la ambigüedad de esta palabra. Poner atención al término “desarrollo” bajo este ángulo no es entonces devolverlo a las tinieblas exteriores, sino recordar que es operatorio en la medida misma de su capacidad para significar. Así pues, lo que es banal aunque generalmente ignorado no necesariamente es inútil. Si en efecto el “desarrollo” presenta algunas características semánticas irreducibles (si se trata, en suma, de una categoría “local”), y si se trata también, como es el caso, de una categoría muy globalizante, parece lógico suponer que todo lo que de ahí se desprende

---

7. El itinerario de Kolm (1987) me parece a este respecto absolutamente ejemplar. Numerosas observaciones de historiadores, en primer lugar Braudel, que son objeto de una importante difusión, me parecen abrir perspectivas considerables que, sin embargo, la antropología descuida, ocupada tal vez en otras tareas: se trata de las especificidades de los hechos económicos mismos y por lo tanto de los hechos macroeconómicos. Es así en cuanto a la difusión de la teja “canal” o “romana” en Francia (1986), del avance técnico de las flotas marítimas holandesas (1979), de la importancia relativa de la armada francesa del siglo XVIII en las finanzas del reino (1986), de la persistencia de los distintos modelos jurídicos, etcétera. (Véanse Le Roy Ladurie y Lamaison, sobre los notarios franceses, en proceso.)

—visión histórica del desarrollo, “teorías” del desarrollo, instituciones y políticas de desarrollo— queda así marcado. Ahora bien, el “desarrollo” es también una palabra del vocabulario corriente. Esta palabra no puede entonces, por esta especie de ruptura espacio-temporal tan característica de los mitos, perder sus características semánticas so pretexto de que está impresa por Cujas o en el M.I.T.,<sup>‡</sup> en lugar de salir de boca de un médico de barrio, que piensa del hijo de su cliente que él se ha “desarrollado”, cuando igual remite a una definición específica en la economía política.

Pasemos por sobre las interesantes perspectivas de filología histórica que no pueden contemplarse en este marco, y señalemos brevemente lo que se entiende por una “categoría semántica”. Por razones que se exponen abajo, debe ponerse especial atención a la noción de categoría semántica mínima, los “lexemas” o “taxones” de la “etno-ciencia”: se trata de términos intraducibles, como muchos monemas. Así, el *maitso* malgache o el *ninamu* tahitiano se refieren a la vez a nuestro “azul” o a nuestro “verde” (suponiendo que nuestra propia habilidad lingüística en el sentido de Chomsky sea perfectamente homogénea); pero no significan ni “azul” ni “verde”, ni “los dos”. Como categoría semántica mínima, la palabra desarrollo ofrece esta segunda particularidad de no tener sentido más que en un ambiente semántico-lógico particular: un “sistema” ligado a reglas de concordancia o sintaxis. Así, no puede decirse en malgache que un bistec es “*maitso*”, pero puede decirse en francés que un bistec es “azul”; no puede hablarse de “desarrollo azul”, pero puede hablarse de “desarrollo rural”. (Sobre estas cuestiones véase, por ejemplo, Goodenough 1964; Tyler 1969). Ahora bien, si la palabra “desarrollo” tiene un sentido específico en la economía política, parece imposible definir una frontera semántica incuestionable entre ella y las otras nociones de las que la historia de las ideas económicas nos muestra que proviene; es un caso arquetípico de sistema semántico. En el primer rango de estas nociones que forman un sistema viene la de crecimiento económico.

---

† NB. Personaje central de *Bourgeois Gentleman* (1670), de Molière.

‡ NB. Nombre de una reputada casa editorial francesa especializada en textos de derecho. Massachusetts Institute of Technology.

*El par semántico desarrollo/crecimiento*

Cuando los manuales de economía definen la palabra “desarrollo” es siempre para distinguirla de la de crecimiento, lo que muestra ya que una y otra están estrechamente ligadas en el espíritu de los economistas como en la diacronía del pensamiento económico. (Para la variedad histórica y sincrónica de las definiciones, véase Hagen 1982; Guillaumont, 1985, citando a Higgins, Burton, Kindleberger, Perroux, Aron, Austruy, Leuret, etcétera.) De hecho, la noción parece hacer fortuna en el decenio de 1960 cuando se observa que el crecimiento económico no produce necesariamente efectos sobre lo que se identifica como “subdesarrollo”; es así, por ejemplo, en cuanto a la satisfacción de las “necesidades fundamentales”. En la diacronía del pensamiento económico, así como en la historia “real”, “desarrollo” proviene entonces de “crecimiento”, innegablemente.

Las definiciones de la palabra “desarrollo” constituyen un verdadero inventario a la Prévert.<sup>§</sup> Limitándose al uso más homogéneo y siempre en el marco del crecimiento económico, los criterios distintivos generalmente conservados son: la satisfacción de las “necesidades fundamentales”, la oposición entre los aspectos “cualitativos” del desarrollo como crecimiento económico “óptimo” y los aspectos “cuantitativos” del crecimiento, el carácter estructural del desarrollo, el carácter de proceso auto-regulado, la capacidad de hacer explícito algo implícito, así como en el “desarrollo” de una figura geométrica, de una fotografía o de un razonamiento. Ninguna de estas definiciones está verdaderamente desprovista de sentido, pero todas plantean dificultades. Es así en el caso de la acepción de un paso de lo implícito a lo explícito, acentuado por ejemplo por Hirschmann (1964), la más próxima de la acepción etimológica de “desplegar” (Couty 1987). Ello supone que los conjuntos económicos encierran en su interior virtualidades que habría que poner al día. Como lo señala Castoriadis (1977:138) estamos ahora en la *phusis* aristotélica, según la cual la naturaleza se define por sus fines (*telos*) y existiría entonces una norma del devenir (*entelechia*): es así en la utilización de la palabra “desarrollado” en la expresión “países desarrollados”. Sin embargo, el desarrollo en el sentido de un crecimiento económico “cualitativo” es por

---

<sup>§</sup> NB. Se refiere al poema *Inventaire*, del famoso poeta francés Jacques Prévert.

definición un *proceso* y no un *estado*: si hay desarrollo, el desarrollo no tiene un fin, en los dos sentidos de la palabra. De igual manera, no puede pensarse el crecimiento de lo que sea sin pensar en el proceso temporal que está contenido en el término, y por lo tanto sin pensar en las realizaciones virtuales existentes en el estado inicial. Es así también en el caso de la alusión a los cambios “estructurales” evocada por algunas definiciones: el problema es que el crecimiento económico mismo no es pensable, según los puntos de vista más clásicos, a propósito de una unidad económica aislada: se necesitan sinergias o diferenciaciones entre diferentes sectores o ramas de actividad (Kuznets 1972; Perroux 1969; Lecaillon 1972) y por lo tanto de la estructura.

La delimitación del “desarrollo” por la atención conferida a las “necesidades fundamentales” (la dimensión cualitativa) plantea también grandes problemas desde el punto de vista mismo de la economía política; esto, a pesar de su lado seductor y de la insistencia ética tan necesaria que pone por delante. Efectivamente, no se ve cómo la satisfacción de las necesidades fundamentales podría ser simplemente pensable sin un aumento de los bienes y servicios disponibles para el logro de esa satisfacción. Apartemos, para simplificar el razonamiento, la cuestión de las desigualdades “estructurales” en la medida en que es común a los procesos de crecimiento y de desarrollo (Perroux 1969; Jessua 1982). Por ejemplo, la “salud”. ¿Cómo pensar la “salud” sin la medicina, y cómo pensar la medicina sin un *cierto número* de médicos? ¿Cómo entonces pensar el paso de la insatisfacción de la necesidad de cobertura médica a su satisfacción, sin pensar en el aumento del número de médicos? Este proceso es *constitutivo* del crecimiento económico; no es algo que se tome “aparte” o “de lado”. No se pueden crear instancias de formación sin inversiones públicas o privadas, ligadas a la definición misma del crecimiento. Además, en la medida en que los países “desarrollados” son el arquetipo de la definición de desarrollo, hay que subrayar que la cobertura de las necesidades fundamentales se ha operado ahí en el marco de integraciones que se comprenden siempre bastante mal, y ciertamente no según procesos puramente intencionales. Los países desarrollados han definido históricamente el desarrollo sin saberlo. La distinción “cualitativa” entre desarrollo y crecimiento deja perplejo al observador cuando constata que

el crecimiento mismo no es pensable sin una dimensión cualitativa. Así, se ha dicho, el crecimiento necesita de la relación de sectores y ramas de actividad, y por lo tanto de arreglos estructurales de orden cualitativo; así también, la invención técnica, tan indispensable para los aumentos de productividad y por lo tanto de crecimiento, no es reducible a un proceso de orden cuantitativo.

Por poco que la dimensión “cualitativa” sea empleada sin precaución, caemos rápidamente en el encanto (“la felicidad”) o la redundancia, como el pasaje “de una fase menos humana a una fase más humana” de Lebre.<sup>8</sup> ¿Y qué es una fase “humana” o incluso “inhumana”, en los asuntos de las sociedades “humanas”? De la misma manera, la definición por una “optimización” del crecimiento económico plantea el problema, clásico en economía, de definición de lo óptimo (Godelier 1966). Después de una concienzuda discusión acerca de las posibilidades de encontrar un “indicador sintético” de desarrollo, Guillaumont (1985: 152) concluye que permanece “inencuentrable”, al mismo tiempo que “sub” desarrollo y “desarrollo” tienen sentido. Todo esto podría conducirnos a las especificidades de los procesos macroeconómicos, cuestión que, sin embargo, debe dejarse de lado.

Es necesario constatar que estas dificultades provienen en buena medida de las asociaciones semánticas implícitas en las cuales entra la palabra misma. El mismo “contagio” semántico, forzando el sentido de desarrollo hacia el de crecimiento, es perceptible en numerosos comentarios contemporáneos concernientes a lo “económico” y lo “social”. “Invertimos mucho en el estudio-desarrollo de productos que tienen una vida muy corta”, declara un fabricante de pañales, diciendo así que su empresa intenta vender más en un periodo dado.<sup>9</sup> “Frente a este desarrollo, ¿cuál es la eficacia de la represión?”, escribe un cronista de *Le Monde*, a propósito del aumento en el número de talleres clandestinos en Francia.<sup>10</sup>

Cualquier diccionario que retenga entonces el uso “medio” de las nociones evocadas, revela la inseparable comunidad semántica de las palabras “desarrollo” y “crecimiento”. El *Larousse*, en tres volúmenes de 1970 (buen

8. R. P. Lebre, *Dynamique concrète du développement*, citado por Guillaumont (1985: 45).

9. Artículo de Nicolas Molfessis, *L'Événement du Jeudi*, 30 de julio-5 de agosto de 1987.

10. “Les soutiers de l'économie”, Guy Herzlich, *Le Monde*, 6 de agosto de 1987.

ejemplo de definición media), da así, para *desarrollo* (resumido): “acción de desarrollar: el desarrollo de una pieza de tela”; “aplicación sobre un plano de una superficie desarrollable o de un poliedro”; “[...] transformar una imagen fotográfica”; “*fig.* extensión progresiva; [...] de una enfermedad”; *Sinónimos*: “[...] evolución, expansión, explicación, extensión, proceso, progreso, progresión, propagación; *desarrollo económico*: v. *crecimiento*” (el subrayado es mío). Para *crecimiento* (resumido): “aumento de la dimensión principal [...] (largo); aumento de la masa [...] aumento de las principales dimensiones de un conjunto económico y social, acompañado o no de un cambio de estructura”. En los dos casos se ve que el uso común acentúa una diferencia de estado de orden cuantitativo, para intentar diferenciarlos después. Es la misma ambigüedad que se transpone al campo económico.

Parece muy difícil entonces pensar “desarrollo” sin “crecimiento”, incluso distinguirlos sin cuestionamiento posible; esto a tal punto que puede uno preguntarse si la distinción que los opone no es reducible a un *tertium quid* más general, del que ambas nociones proceden: un esquema cultural, productor de una taxonomía análoga a la famosa enumeración de los animales chinos evocada por Foucault. De hecho, las corrientes de análisis localizables entre los expertos en desarrollo pueden dar la impresión, en ocasiones, de constituir otras tantas permutaciones estructurales relativas a lo que supuestamente uno u opone “desarrollo” y “crecimiento”; así, al “crecimiento sin desarrollo” denunciado por Austruy en los años 1960, respondió el “desarrollo sin crecimiento” de Abdelkader Sid Ahmed en los años 1980. En esta medida, la oposición o más bien el esquema crecimiento/desarrollo puede parecer como surgido de esta oposición entre razón práctica y razón cultural en la cual Sahlins ve otro esquema, fundador de la cultura occidental moderna: por un lado estarían las cosas que son útiles, medibles y que conocemos bien (los objetos y los servicios), y por el otro, lo “cualitativo” con sus elaboraciones extrañas y cambiantes, con las cuales el discurso del desarrollo no sabe muy bien qué hacer, aunque igual no deja de hablar de ellas desde hace poco (la comodidad hospitalaria, la jerarquía en Samoa, la literatura persa, la música, una peregrinación a Benarés, la prohibición alimenticia de la tortuga o la novedad de los pañales). Ciertamente hace falta un poco más de dinero para vivir en Benarés, igual que en otro lado, un

piano es también una mercancía, y un profesor de literatura causa “gastos de administración”; pero el problema es: ¿a partir de cuándo hay comodidad hospitalaria, por qué Benarés y no Delhi, por qué el piano y no el acordeón, e incluso “por qué la literatura”? Desde este ángulo se comprende mejor cómo el desarrollo puede en definitiva aparecer como una especie de “regalo” que se encuentra un poco por azar en un paquete de crecimiento: ya que la misteriosa distinción “cualitativa” (la razón cultural) no toma forma más que por el echar fuera de ella lo que sería la utilidad racional (la razón práctica) mientras que cada una es informada por la otra. Notemos que uno se encuentra aquí en esta alternativa sentido/función (la oposición entre lo que significa y lo que sirve), mostrada por Augé (1979) en el campo de la antropología. Notemos también que esta alternativa podría entonces calificar la marca, sobre la economía como disciplina y como dimensión de lo real, de la cultura occidental de la que procede.

La existencia de un esquema signifiante que excluye mutuamente razón cultural y razón práctica, a la vez que las asocia, podría además constituir una característica de algunos “puntos ciegos” de las teorías del desarrollo como de la intervención económica. Los fracasos universalmente reconocidos de previsión y de explicación de la teoría del desarrollo o más generalmente de la teoría económica (Boyer 1986),<sup>11</sup> frecuentemente pueden parecer como resultado, más allá de las escuelas y las coyunturas, de una tendencia a “dividir la dificultad en tantas partes como sean necesarias para no resolverla” (Sahlins). Sin embargo, constatar que “todo está en todo” no hace avanzar el problema. Los acercamientos más innovadores parecen en todo caso condenados a recomponer las totalidades implacablemente desmembradas por alguna cosa que ha escapado entonces a la conciencia de los analistas, y la ha informado a pesar de sí mismos. La reciente “teoría de la regulación” a la francesa insiste en la especificidad de formas institucionales que mediatizan la relación entre elecciones económicas individuales y equilibrios generales; ahora bien, ¿qué es esta especificidad si no un hecho de orden antropológico en el sentido definido arriba? La escuela de la regulación señala al respecto que no es posible “operar una

---

11. “Une science?”. Dossier reunido por M. Beaud en *Le Monde*, 17 de marzo de 1986.

dicotomía entre la economía pura, por un lado, y lo social por el otro” (Boyer, 1986: 54); pero ¿cuántas veces se ha operado este señalamiento por los economistas? Es decir, al contrario, ¿hasta qué punto esta dicotomía sigue siendo sugerente? En este sentido, existen dificultades de fondo: si hay un campo económico, es que éste trata de economía, es decir del valor, no de la sociedad: la economía es por definición ciega a las formas sociales, aún cuando sabe que son gentes organizadas específicamente quienes producen y destruyen el valor (véase al respecto las observaciones de Veyne 1971: 167). De la misma manera, Kolm (1987) debe buscar en el crecimiento del “ethos” budista y del modelo del *homo aeconomicus* las razones de los sorprendentes desempeños de numerosos países asiáticos, que han escapado a la previsión y que no pueden explicarse ni por algún factor econométrico de “razón práctica” (ni la ayuda americana, ni la masa de población, ni los precios de *dumping*, ni el nivel de los salarios) ni por algún factor “residual” o “cultural” (sociedades “autoritarias”, “capacidad de imitación”, etcétera). Las mismas características, para ser muy breve, se encuentran también en la intervención de desarrollo, en la que a la identificación de los “bloques socio-culturales” de los años 1960 sucede una constelación heterogénea de acercamientos tendientes a adaptarse a las “culturas locales”; pero esos acercamientos no tratan más que muy raramente la intervención de desarrollo como el hecho “cultural” y “local” que ciertamente es, abandonando, en suma, la “razón práctica”.

A partir de ello y ya en este momento, es posible entonces constatar no solamente que nada impide tratar de manera antropológica “el desarrollo” como *corpus* teórico y por lo tanto como dispositivo institucional, sino también que parece difícil hacerlo de otra manera.

Admitamos en todo caso que el “desarrollo” sea el crecimiento económico más un poco de algo cualitativo: que sea un “buen” crecimiento. El primer problema no es siquiera saber lo que es un “buen” o un “mal” crecimiento, sino que no se sabe *explicar* el crecimiento económico en lugares y tiempos dados, y que en esta medida no se sabe qué es el crecimiento económico. Kolm (1987: 113) señala la perplejidad a este respecto de las perspectivas econométricas o económicas más notorias, tales como la de Denison (1967) o la de Carré, Dubois & Malinvaud (1972) en lo que concierne a Francia.



Más allá de la capacidad descriptiva general de la noción de crecimiento económico, no se sabe si existe *el* crecimiento o *los* crecimientos. En Francia las fases de crecimiento se acompañan generalmente de un déficit del comercio exterior, y en Alemania de un excedente; estos factores juegan un papel importante en la naturaleza misma del crecimiento. Ahora bien, se dice que eso se debe a que Alemania dispone de una industria de equipamiento que falta en Francia, que por lo tanto debe importar más equipos para responder a la demanda interna; pero ¿por qué es ello así? Nada se sabe. (Jessua 1982: 326).

Cuando se habla de desarrollo se habla entonces de algo que no es identificable más que en oposición a otra cosa que no se conoce verdaderamente. Dicho eso, nada estaría más fuera de lugar y encima más alejado del propósito de este texto, que lanzarse a un proceso de la economía, del que algunos economistas ya se encargan con ferocidad.<sup>12</sup> Por lo que concierne a la teoría económica del desarrollo, es necesario constatar que uno se encuentra, a propósito de las definiciones mismas del término fundador, en una situación estrictamente idéntica a la del terreno antropológico, cuando un “informante” devana imperturbablemente las lógicas taxonómicas de su cultura. Si el tarro negro es negro, es que no es ni rojo ni blanco.

### *El desarrollo, ¿pero el desarrollo de qué?*

“El desarrollo” constituye una categoría semántica particular no solamente por su lugar en un campo semántico general, sino por las relaciones semánticas implícitas que lo unen de manera indisoluble a los “agregados” de la macroeconomía y a la contabilidad nacional. Algo así como “el desarrollo de los moradores de una casa” es impensable; si puede hablarse

---

12. “En economía hay una distancia entre la teoría y los datos, que no es en nada comparable a lo que yo conozco en las ciencias naturales y sociales [...] Pienso que los manuales son un escándalo [...] *The failure of Armchair Economics*, entrevista concedida por Herbert A. Simon, Premio Nobel de economía, a la revista *Challenge*, Nueva York, noviembre-diciembre de 1986, citada por Beaud, *Le Monde*, 17 de marzo de 1987. Para otros ejemplos, véase el excelente texto de Ph. Couty “Les dominations en science économique”, en *Pratiques et politiques de science*, Departamento H, ORSTOM, París, 1985.

de “desarrollo regional” en sentido estricto no existe más desarrollo que el nacional; los “indicadores de desarrollo” toman como base la nación. Ahora bien, la “balanza de pagos” francesa no sería lo que es si Alsacia y Lorena fueran alemanas; hay ya ahí alguna indicación de lo que la antropología —en este caso una antropología histórica— tienen todavía por hacer con “el desarrollo”, teniendo en cuenta la atención que ya presta al proceso de producción de ese extraño objeto: la “nación”. Pero bien se puede también voltear el propósito: en tanto que es indisociable de la contabilidad nacional, el “desarrollo” como conjunto de formas históricas y culturales particulares es creador de nación (entendida como la integración de formas económicas particulares), ya sea para bien o para mal.

Se percibe mejor ahora cómo los agregados de la contabilidad nacional no sólo son invenciones técnicas eficaces y áridas, sino también instrumentos culturales que, para ser eficaces, no son menos contingentes. Para hablar del desarrollo de Tahití, debe saberse ya con precisión qué es Tahití, y eso no es tan fácil (¿con las transferencias públicas o sin ellas?, ¿con las líneas de aviación o no?, etcétera); en todo caso debe hablarse ineludiblemente de un producto interno bruto, de un producto interno neto, de los gastos de administración, de formación bruta de capital fijo y, ¿por qué no?, de un saldo industrial (la diferencia entre lo que la industria tahitiana vendería al “exterior” y lo que compraría a la industria exterior, ciertamente considerable en el orden negativo). El “desarrollo” habla entonces necesariamente de esta cosa extraña que es la “industria tahitiana”, aunque sea para deplorar su ausencia. “Un saber hacer”, escribe Veyne (1971: 172) a propósito de la macroeconomía, “no es un saber”. Si ello es así, es que lo esencial de la macroeconomía está en el “significante”, en los instrumentos conceptuales que la definen. De hecho, los agregados de la contabilidad nacional también presentan problemas estrictamente análogos a los inherentes a las “taxonomías indígenas” de la antropología.

Es el caso del problema clásico de la definición de lo que es o no “interno”, por oposición a lo “nacional”. “Cada uno de estos términos es ambiguo por sí mismo”, señala de entrada Guillaumont (1985: 96). “Lo que es producido por la nación se llama producto nacional; lo que es producido en la nación se llama producto interno. [...] Interno, [...] es el principio de territorialidad.

En cambio [...] nacional [...] es el principio de nacionalidad o de residencia.” (Jessua 1982: 87). Pero puede conjeturarse hasta el cansancio acerca de lo que define como “nacionales” las actividades de un francés que vive en los Estados Unidos reexportando kiwis de Nueva Zelanda a Bahrein, y como “internas” las de un turista fidjiano que vende el arco de su abuelo a un calderero marroquí de Garges-les-Gonesse; asimismo, el comercio “exterior” no es “exterior” más que por oposición a todo esto. Lo importante, se me dirá, es la coherencia de las categorías; pero eso significa precisamente que esas categorías encierran una parte irreducible de contingencia.

Lo mismo se aplica a las subcategorías que remiten a ramas de actividad. Así, me ha costado mucho comprender recientemente lo que la estadística tunesina entendía exactamente por “Madera e industrias diversas”; y con razón, puesto que no existe más que el “uso” de las gramáticas para poner los límites. Otros aparatos estadísticos utilizan otras categorías; en general, la universalidad de la macroeconomía es engañosa, y ahí está la variabilidad de los esquemas macroeconómicos, en la cual la antropología debe interesarse. En un orden de ideas un poco diferente, la “balanza de los pagos corrientes” francesa (balanza comercial, saldo de los flujos de servicios e “invisibles” con el “exterior”) es en alemán “el balance de los esfuerzos” (*Leistungsbilanz*).<sup>13</sup>

El “desarrollo” proyecta entonces sobre la superficie del globo una guía de lectura (a grandes rasgos, la macroeconomía y la contabilidad nacional) que es un instrumento histórica y culturalmente constituido.<sup>14</sup> Históricamente constituido: en el caso francés, la óptica “nacional” ha sucedido por ejemplo a la óptica “interna” para yuxtaponerse en el sistema de la contabilidad nacional (Jessua 1982: 88). Culturalmente constituido, ya que los criterios de análisis cambian según los instrumentos: Guillaumont (1985: 97) utiliza el PNB\*\* cuando se trata de dar cuenta de los niveles de vida y por lo tanto de la “desigualdad”,

---

13. Citado por Cresson en *Le Monde*, 18 de agosto de 1987.

14. Repitamos que el objetivo de estas observaciones no es cuestionar la utilización de la macroeconomía, aunque habría buenas razones para hacerlo. Se trataría, por lo demás, de un combate de retaguardia. Para un ejemplo de las discusiones sobre la aplicación de la contabilidad nacional a los países “subdesarrollados”, véanse las controversias entre Anson Meyer (1983) y Blanc (1983), citadas por Couty (1984).

\*\* Producto Nacional Bruto.

el PIB<sup>††</sup> para analizar la actividad de un país y por lo tanto la “riqueza”. Esta referencia histórica implícita es en realidad *constitutiva* del desarrollo en todos sus aspectos. Hay ahí otro tema de interés para la antropología.

#### EL DESARROLLO COMO MITO DE ORIGEN

El desarrollo, concepto o categoría, remite ineludiblemente a la historia de los países “desarrollados”, en este caso a un fenómeno histórico coextensivo de lo que el lenguaje común retiene como “la revolución industrial” (por ejemplo, Hobsbawm 1962 y 1986; Braudel 1979). Puede evocarse a voluntad la prosperidad de los reinos asante, la felicidad de los ma’ohi del siglo XVIII, la civilización de la China imperial o la abundancia paradójica de los cazadores-recolectores (Sahlins), pero eso no “se llama” desarrollo. Cuando se habla de desarrollo, se habla *ipso facto*, en un grado u otro, de ese periodo que para Inglaterra corre, aparentemente desde los años 1750, y para Europa y los Estados Unidos un poco más tarde. Todo lo que constituye el desarrollo (aun bajo sus aspectos más “modernos” como la macroeconomía, a la vez como disciplina y como dimensión de lo real) no tiene sentido más que dentro de esta “larga duración”.

El problema es que el desarrollo así comprendido no es ni la industrialización, ni el aumento de la productividad agrícola, ni la intensificación de los transportes, ni el establecimiento de un aparato de Estado más eficaz, ni la capacidad de llevar la delantera sobre los mercados exteriores. El desarrollo en la acepción histórica del término se define por el hecho de que todo ello sucede a la vez, y “en resonancia”, en cuanto a la medida de las “ganancias” y los “costos” sociales de ese proceso en el que, en ocasiones, la “operación es exitosa mientras que el enfermo muere”, se mantiene dentro del ámbito de lo imposible; si puede estimarse que cada quien prefiere vivir por más tiempo en una relativa seguridad, especialmente alimenticia, nadie ha pedido consejo a los niños abandonados de Manchester de 1845 o a los medieros indigentes de la Beauce de 1880.

---

†† NB Producto Interno Bruto.

Ahora bien, las modalidades generales y particulares de lo que ha pasado permanecen, a pesar de la gran cantidad de análisis que uno imagina, bastante misteriosas. Es necesario remitir aquí a las grandes síntesis que tienen autoridad. Para el “despegue” general de Inglaterra, y por lo tanto de la existencia de esas coyunturas, Braudel (1985), volviendo sobre su propio itinerario, se reduce a hablar de ello como de una “explosión”. Hobsbawm (1986: 48) debe emplear la metáfora de la “chispa” (*spark*) del comercio exterior que echa al fuego el “carburante” (*fuel*) del mercado interior. Hace notar que las cuestiones fundamentales del “cómo” (*how*) y del “ahí y no en otro lado” (*where*) permanecen en buena medida sin respuesta (*Ibid.*: 40). En ese nivel de generalidad, un completo misterio: la Francia de la misma época, que Hobsbawm (1962: 212-213) califica de “gigantesca paradoja”, dotada de instituciones ideales para la economía, de los empresarios más inventivos de Europa, de reservas considerables de capital, de un centro de finanzas internacional, conoce, sin embargo, un gran retraso en relación con Inglaterra, económicamente hablando; a eso responden las observaciones perplejas de Braudel (1986), acerca, por ejemplo, de la sub-utilización relativa del frente marítimo francés.

Lo mismo va para los aspectos particulares de lo que pasa, y que son, sin embargo, frecuentemente tenidos por evidencias primeras. Es así en las relaciones recíprocas de la ganancia y la innovación: la ganancia no necesariamente se emplea en la innovación, y la innovación técnica no está por naturaleza destinada a un proceso de producción. Pueden sacarse ganancias contentándose con vender alta costura a los ricos, sin especular acerca de las oportunidades de vender medias de seda artificial a las hijas de campesinos (Hobsbawm 1986: 40). A esto responden, en suma, las observaciones de Braudel (1985) sobre la contingencia de las relaciones entre saber técnico y proceso de producción: utilización por la China imperial de la pólvora, pero para los fuegos artificiales; de la rueda por los incas, pero para los juguetes infantiles; del molino de viento por los emperadores de Egipto, pero para distraer a “la corte”. Así también en el comercio exterior, Inglaterra “despegaría” por el hecho de su presencia en el mundo. Pero, observa Hobsbawm (1986: 49), “conquistar los mercados por la guerra y la colonización supone no solamente una economía capaz de explotar esos

mercados, sino un gobierno deseoso de hacer la guerra y de colonizar en beneficio de los empresarios”. Lo que Braudel (1985) completa con esta frase abrupta: “No cualquiera domina el mundo”. Podrían multiplicarse los ejemplos sobre hechos cada vez más específicos, como el “círculo virtuoso” de la máquina de vapor y del carbón (Rich 1977: 4).

Evidentemente, todo esto podría ser de gran interés para la antropología histórica. La especificidad del desarrollo de Europa —“el” desarrollo, sea lo que sea— estando no en tal o cual de sus aspectos sino en su integración; las observaciones de Lévi-Strauss sobre los “cúmulos” de azar y las series aleatorias de la historia, en el bello texto equívocamente llamado *Raza e historia*; o las relaciones bien conocidas, evocadas también por Veyne entre teoría de los juegos y macroeconomía, son ciertamente susceptibles de ricas prolongaciones. De igual modo, la importancia de la dimensión contingente o hasta aleatoria de la “revolución industrial” debería convencer, si hubiera necesidad y sobre todo si eso hiciera sentido, de que los “europeos” no son por naturaleza más inteligentes que los otros (y tampoco menos).

Pero para nuestro propósito, lo que es determinante es notar que, en la medida en que el “desarrollo” es un fenómeno histórico muy particular, no se sabe exactamente de qué se habla cuando se habla de ello: no puede hablarse de ello más que con la amenaza de una “regresión al infinito” evocada por Lévi-Strauss (1963) a propósito de la percepción del tiempo histórico. En ese sentido, la palabra desarrollo constituye por sí sola un mito de origen, entendido como la concatenación de problemas lógicos ligados a la percepción del tiempo histórico. Así, hablar de “desarrollo” en el estado actual de cosas no es decir mucho más que los ma’ohi a propósito del fundador del universo: “Desde tiempos inmemoriales existía el gran Ta’arua, el origen. [...] Ta’arua se creó a sí mismo en la soledad, era su propio progenitor, sin tener ni padre ni madre”.

### *Las teorías del desarrollo como esquemas narrativos de un mito de origen*

En este sentido también, toda teoría del desarrollo y, en ciertos aspectos, toda praxiología del desarrollo constituye un esquema narrativo —una manera específica de contar una historia— ligado a la historia económica y social

de Europa, que provee la referencia obligada, si no es que la “intriga”, en el sentido de Veyne: si no por la lectura de los procesos históricos, sí por los instrumentos necesariamente macroeconómicos utilizados, que surgen de ese proceso. Criticar las teorías del desarrollo como etnocentristas es redundante. Sobre este punto, hay otras dificultades previas, que no conducen tanto a “tomar partido” cuanto a identificar *corpus* realmente autonomizables unos de otros; ahora bien, es difícil o hasta imposible saber dónde “cortar”. Sin embargo, *corpus* distintos son bien identificados por el rumor público de los economistas, sea en el plano más general (teoría “clásica”, “neo-clásica” o “marxista”; Hagen 1982: 83 y ss.), sea como apéndices lógicos derivados de las primeras, sin por ello confundirse, que podrían denominarse las “escuelas” del desarrollo (la industria industrializante, el desarrollo rural, el desarrollo auto-centrado, el “*development from bellow*”, etcétera). Son *corpus* a los que uno se refiere en términos de narración (Brunner & Turner 1986).

La exigencia de “globalidad” o de sincronía aportada por el desarrollo como fenómeno histórico está, en efecto, irremediablemente amenazada, apenas reconocida por la temporalidad inherente a la teoría y la intervención macroeconómicas. En un caso, la teoría surgida de la historia misma —me parece que aún más que en otras ciencias— no puede fundarse más que sobre una observación *a posteriori*; está entonces condenada a reproducir, de una u otra manera, tal dispositivo de lo que ya ha pasado; en el otro, la intervención o la “ayuda pública” deben comenzar por algo. En el “desarrollo” como actividad hay siempre, por lo tanto, un “principio” y un “siguiente” que no deberían existir. Tómese como ejemplo la industria: pero, ¿primero la pequeña o primero la grande, primero en las zonas ricas (es más fácil) o en las zonas pobres (es más necesario)? Pero entonces ¿*quid* de la producción alimenticia? Tómese entonces el ejemplo de la agricultura; pero ¿*quid* de los equipos agrícolas de origen industrial? Tómense la industria y la agricultura —pero no se sabe qué es lo óptimo, y no se sabe *a fortiori* si ha habido jamás un óptimo en Europa. El hecho innegable y motivador de que los dispositivos de la ayuda pública para el desarrollo sean especializados en todos los sectores de la actividad “económica y social” no significa que sepan lo que es una integración óptima de esos sectores, tampoco sabrían suscitarla, y menos aún que todo podría hacerse junto: integrados o no, estos dispositivos deben

entonces “contar una historia”. Es eso lo que resulta de la división misma en “servicios” o en “direcciones” de las instituciones del desarrollo: la de lo hidráulico, la de los forrajes, la de las pequeñas empresas, la de los puentes y los caminos, etcétera, divisiones que por definición no tienen ninguna razón particular para actuar de manera intemporal e integrada.

Estas observaciones podrían parecer polémicas si no se toma en cuenta la gran dificultad de la tarea y sobre todo si no se dispone de ejemplos reconocidos del carácter “esquemático”, en el sentido literal de las teorías y de las praxiologías del desarrollo, que no pueden explicarse sin referencia al “significante” diacrónico o histórico, si se quiere, que las constituye.

Un primer punto de apoyo, entre otros, de estas observaciones generalmente poco conocido tal vez porque es banal, concierne a la existencia misma de una multiplicidad de teorías centradas en algo singular en todos los sentidos del término, “el” desarrollo. No es ni evidente ni demostrable, por ejemplo, que las críticas recíprocas y cruzadas que se dirigen las teorías liberal y marxista, digamos, hayan llegado jamás a una especie de *tertium quid* por el cual podría demostrarse que realmente hablan de la misma cosa, aunque fuera en términos diferentes: ¿qué pueden decirse el *homo æconomicus* con alma de empresario, feliz gallardo que flota en una infinidad de elecciones libres, y el *homo marxistus* consubstancialmente alienado? Algo distinto habla, pues, a través de esas teorías del orden de los “phyllums” culturales e históricos. Veyne (1971: 174) considera, por ejemplo, que “la teoría neoclásica constituye la cultura más apropiada a las necesidades de un historiador”. Pero más generalmente, esas teorías no tienen sentido más que en su sucesión: no es exagerado adelantar que Marx no tiene sentido más que en relación con David Ricardo.

Pero hay hechos bien conocidos de la teoría económica. Un muy célebre artículo de Arthur Lewis, por ejemplo, hablaba en 1954 del desarrollo económico en términos de “oferta de mano de obra ilimitada” (la palabra ilimitada entendida en relación con la demanda y no en sí misma). En el espíritu de Lewis, esa oferta estaba constituida esencialmente por los agricultores y procedía del éxodo rural; hay buenas razones para pensar que esta concepción repetía, aunque fuera inconscientemente, los fenómenos estrictamente análogos de la Europa de la preguerra e incluso de la Inglaterra



en vías de industrialización, con esa diferencia mayor relativa a la naturaleza del aumento de la productividad agrícola, que constituye todo el problema en este caso. A pesar del optimismo sobre estas cuestiones, de analistas no obstante mesurados como Hagen (1982), el crecimiento urbano en África o América Latina no ha sido coextensivo, que se sepa, a un crecimiento de la agricultura. Para una crítica de la concepción de Lewis, ver Charmes (1980).

Si se descartan las teorías por considerarlas muy alejadas de la realidad de la acción económica, las “escuelas” del desarrollo no dejan de repetir en todo caso estos fenómenos diacrónicos. Cuando el “desarrollo” (en su forma institucional) comienza en África, observa Giri (1986), son los grandes proyectos industriales los que se privilegian, pensando (contrariamente a las ideas adquiridas a este respecto) que la agricultura ha sido objeto de una atención demasiado exclusiva, y que los países africanos recién independizados “merecen” una industria. Puede conjeturarse hasta el cansancio acerca de los fracasos y los éxitos de esta fase, pero en todo caso el desarrollo “rural” no tiene sentido más que en sucesión a esos “elefantes blancos” de la jerga; variaciones y sub-variaciones se suceden o se yuxtaponen en la diacronía. A la intervención que no siempre podría calificarse de “pesada” sucedió la intervención que se vanagloriaba de ser ligera, en el marco de la cual los canadienses se yuxtapusieron a los franceses, seguidos o precedidos por los norteamericanos, los holandeses, los belgas; pero “la industria industrializante” de Argelia permanecía fiel al culto soviético del acero. Con el pensamiento sociológico revistiendo la teoría del desarrollo, la desigualdad fue recorrida en todos los sentidos. A las teorías del “*trickle down*”, por un momento apreciadas por el Banco Mundial (difusión de las riquezas de las clases superiores hacia las clases inferiores) se yuxtapuso el “*development from below*” de algunos medios “progresistas” anglosajones; cuando el conjunto de esta configuración fue recorrido, surgió esa extraordinaria acrobacia intelectual, totalmente impensable e incestuosa, del desarrollo “auto-centrado”; durante ese tiempo aparecieron contrapiés de la historia económica, “choques” y “contra-choques” petroleros, “despegue” de Asia, etcétera, que constituyen otros tantos “embragues” de la teoría económica. En el momento en que nosotros hablamos, no sería inverosímil que se volviera a las antiguas “etapas del

crecimiento” de Rostow, criticadas en su tiempo por su evolucionismo y su etnocentrismo, y de las que Couty (1984) nos dice que “se desenvuelven majestuosamente frente a nuestros ojos”.

Teorías y escuelas parecen tener que repetir diferentes aspectos de la representación que se hacen de una configuración histórica que recorren, pero no puede repetirse “totalmente” el crecimiento económico de Europa o de los Estados Unidos, y es precisamente en ello que estos *corpus* están organizados por esquemas culturales. En esto, parecen surgir estrictamente del pensamiento mítico, tal como lo describe Lévi-Strauss (1963), quien observaba hace ya más de veinte años que “nada se parece más al pensamiento mítico que la política”. “No ansioso por partir o por llegar francamente, el pensamiento mítico no efectúa recorridos enteros; siempre le queda algo por lograr. Como los ritos, los mitos son in-terminables” (1964: 14).

Se aborda aquí, ciertamente, la cuestión de la recurrencia en economía y en la acción económica. Esta cuestión no es nueva, muy particularmente en estos años de fuerte regreso de lo que se identifica como “el liberalismo”, en el que se “re-descubre” a Adam Smith. Además, no ha escapado a los economistas mismos. Hirschmann ve en tal pasaje de Keynes “el mismo argumento que el empleado en el siglo XVIII por el Dr. Johnson [...]” (en el caso de la pulsión de enriquecimiento como canalizadora de “ciertas inclinaciones peligrosas de la naturaleza humana” (1980: 120); mientras que Hagen (1982: 142) ve en la prioridad dada a la agricultura un punto de vista “fisiocrático”. Sin embargo, la constatación de la recurrencia del discurso económico, por un lado, no está siempre presente en la conciencia de los actores, y por lo tanto no es inútil hacerlo consciente; pero sobre todo, reconocer la recurrencia no es explicarla, tarea sin embargo importante: si hay recurrencia, es que se recorre una configuración finita. Puede entonces preguntarse si existen teorías verdaderamente nuevas del desarrollo; de hecho, buscando bien, casi siempre se encuentra un “doble” anterior de una teoría o de una escuela presentada como nueva. Chauveau me señalaba recientemente que algo así como el “desarrollo comunitario”, vivido alguna vez como el *nec plus ultra* de la novedad, existía desde los años 1940 en el Asia colonial anglosajona.

Tal es, en todo caso, la referencia implícita de las instituciones dedicadas al desarrollo, ellas mismas con formas heterogéneas.

### EL DESARROLLO EN ACCIÓN: LAS INSTITUCIONES

Aunque las instituciones del desarrollo sean el objeto específico de la investigación de “campo” presentada aquí, era obligado pasar por todo lo que precede. Debemos limitarnos aquí a los aspectos generales, mientras que las reflexiones más concretas o más específicas tendrán que aparecer en su momento. Las instituciones del desarrollo no pueden separarse de los esquemas de pensamiento que se han evocado brevemente; simétricamente, el “desarrollo” no parece pensable sin ellas. En efecto, a pesar del problema ya viejo de la “ayuda que debe acabar con la ayuda”, no son realmente elementos *constitutivos* de la vida económica mundial: es difícil imaginar el mundo sin “la Banca”, los países llamados “ACP” (África Caribe Pacífico) sin la CEE, o África francófona sin el FAC, el FED, la USAID o las ONG’s.<sup>#</sup> Al respecto, se puede volver a entrar en todas las polémicas que se quiera, siempre resulta que se trata de actores, a veces denominados “de regulación”, presentes a título estructural en los flujos económicos existentes. En lo que concierne al BIRD por ejemplo, surgido de los acuerdos de Bretton Woods en 1944, es precisamente esa idea keynesiana de regulación, asociada a la de la intervención pública, lo que motiva su fundación. Los entusiastas defensores, tanto del BIRD como del Banco de Pagos Internacionales<sup>§§</sup>, fueron, para empezar, Keynes mismo en Inglaterra y Mendès France en Francia (Lacouture 1981). No se ha demostrado que pueda distinguirse lo que les llega o no de la evolución económica del mundo, de la misma manera

---

# NB. Las siglas ACP corresponden al Tratado de Lomé; las CEE a la antigua Comunidad Económica Europea; las FAC al Fondo de Ayuda y Cooperación Francés; las USAID a la United States Agency for International Development, como ya se dijo; y las ONG. a las organizaciones no gubernamentales.

§§ NB. Institución financiera internacional creada en 1930 y con sede en Basilea, Suiza, cuyo objetivo central consistió en pagar a los países aliados los daños causados por Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Dicha institución fue incluida en los acuerdos de Bretton Woods para apoyar al Fondo Monetario Internacional.

que no puede “probarse” que la disuasión nuclear haya evitado hasta ahora la guerra: para hacerlo, habría sido necesario que la disuasión nuclear no existiera y que hubiera guerra.

Cuando se crean, es el mundo entero el que se supone toma la forma de una nación, entendida en el sentido evocado arriba; las instituciones públicas del desarrollo tienen lugar en una especie de Estado internacional metafórico. Insertas en lo que se denomina las “relaciones internacionales”, son entonces menos “extranjeras” de lo que parece, aunque no sea más que por esta razón que las configuraciones económicas y sociales de los países “en desarrollo” tienen algo que ver con las de los países identificados como “desarrollados” en los que tienen origen. Sin que sea necesario entrar en las vastas discusiones sobre el imperialismo y la explotación de la “periferia” por el centro, la observación de Lévi-Strauss (1973: 368), según la cual los países subdesarrollados lo son en la medida en que se les desarrolla, es parte integrante del propósito.

Sin duda, “desarrollo” y “subdesarrollo” se definen no en relación con las instituciones públicas, sino en la historia de las sociedades civiles en el sentido amplio del término; las dinámicas propias de estas sociedades son ciertamente mayores en la descripción y el análisis de lo que está en juego. Pero lo que hacen las instituciones del desarrollo es también y necesariamente el “desarrollo”: se benefician de una posición dominante que les permite definir lo que es el desarrollo, posición que les es conferida por esa coyuntura particular de la historia mundial en la que la palabra desarrollo se encarna en organizaciones específicas. A pesar de una definición que pretende ser funcional —las instituciones públicas emplean además “funcionarios”— sucede entonces algo muy particular. En la definición de los objetivos, una continuidad histórica es indudablemente reivindicada con el desarrollo de Europa; sin embargo, como lo hacen notar Koerner *et al.* (1986), el desarrollo de Europa se ha operado desde el principio del siglo XIX en el marco de intercambios financieros internacionales, que no eran una “ayuda para el desarrollo”: tal no habría tenido sentido en las categorías europeas de la época.

Cuando se crean estas instituciones específicas, las categorías de “desarrollo” y de “subdesarrollo” fueron históricamente identificadas e inventadas por economistas que participaban de los poderes públicos, mientras que el concepto de la “Ayuda pública para el Desarrollo” se extrae, pues,

del tejido general de la economía para encarnarse en la acción estatal, ella misma heredera a este respecto del pensamiento keynesiano. El problema es que desde ese momento, la APD\*\*\* o la ayuda para el desarrollo, en el sentido común del término,<sup>15</sup> está necesariamente sometida a las reglas comunes de las políticas públicas y está entonces orientada según relaciones particulares, que derivan invariablemente en lo “preferencial” (al respecto, vasta observar la evolución de la política francesa de cooperación entre 1982 y 1986). Lo que sería la especificidad de la APD, tiene dificultades para conservarse en relación con las instituciones globalizantes de las que procede, los Estados. Podría entonces reproducirse la discusión precedente en relación con las dificultades semánticas relativas al par desarrollo/crecimiento, en el marco de las nociones “ayuda pública para el desarrollo/relaciones internacionales”; ya en este nivel de generalidad, el desarrollo no es simplemente el “desarrollo”, sino el desarrollo de África francófona, de lo que se denomina “la cuenca del Caribe”, etcétera. Los ingenuos análisis sobre el hecho de que el desarrollo en este sentido no es más que una máscara de interacciones estratégicas que serían las únicas “verdaderas”, olvidando que no hay interacciones interestatales no estratégicas; no en el sentido del juego “La Conquista del Mundo”, sino simplemente porque ningún Estado puede hablar de igual manera a todos los otros, en el sentido mismo en que no se puede tener contento a todo el mundo.

Que haya habido, por ejemplo —y que haya todavía de diversas maneras—, una influencia de la posición dominante de lo que serían los Estados Unidos en la creación del Banco Mundial o de otras organizaciones internacionales es innegable,<sup>16</sup> pero no hace avanzar la discusión ni un

---

\*\*\* NB. Se trata de un organismo público francés que otorga créditos para el desarrollo, especialmente a aquellos países que fueron colonias francesas.

15. Recordemos que hay Ayuda Pública para el Desarrollo cuando las condiciones económicas y financieras son consideradas como inferiores a las condiciones del “mercado”: en materia financiera, por ejemplo, tasas de interés inferiores a las tasas bancarias.

16. En lo que concierne al Banco Mundial, por ejemplo, siendo proporcional la cuota de votos a la participación de capital, el administrador que representa a los Estados Unidos dispone de una cuota de votos del total, equivalente al 20.13% en el BIRD, o al 18.74% en la IDA [International Development Association, organismo del Banco Mundial], mientras que el representante saudí, que vota también por Bahrein, los Emiratos Árabes Unidos, Irak, Jordania, Kuwait, Líbano, Las Maldivas, Omán,

ápice; el problema es saber por qué los Estados Unidos están ahí, y más generalmente saber qué es la igualdad en materia de intervención pública; hay ahí un buen *case study*. Si se puede criticar todo lo que se ve, no se puede, como lo señala Couty citando a Nietzsche, “reprochar al león por ser león”. A pesar de su definición en términos funcionales y universalizadores, las instituciones del desarrollo no escapan a estos procesos históricos de producción de la especificidad, que son la razón misma de la antropología. Hagen (1982: 289) señala por ejemplo que “la historia del BIRD. muestra cómo una institución puede adquirir una vida propia, diferente de la que preveían sus fundadores”.

Se ha llegado al centro del tema tratado aquí. La dimensión antropológica de las instituciones del desarrollo concierne a su forma específica: multiplicación más o menos grande de los niveles de decisión y de arbitraje, “personalidad” adquirida en el curso de la acción histórica, naturaleza de los reclutamientos, modalidades culturales e históricas de la definición de las interacciones, etcétera. Son temas clásicos de la sociología de las organizaciones o simplemente de la sociología. Pero estos temas están especificados aquí por una atención particular a los instrumentos conceptuales de los actores (a su manera de definir interacciones y situaciones), a las relaciones entre esos instrumentos y la acción, en pocas palabras, a su cultura. Cegado como se está por la funcionalidad del “desarrollo”, uno se olvida de que la intervención de desarrollo es el hecho, en suma, de *gente* proveniente, como todos, de historicidades y de socializaciones particulares. Pero hay temas que surgen de una investigación antropológica de las más clásicas, como el del parentesco. Nada impide considerar las “tecnoestructuras” como poblaciones demográficamente particulares, y el reclutamiento y la circulación de los individuos como modalidades de una circulación matrimonial: los miembros de estas tecnoestructuras tienen, como todo el mundo, padres e hijos.

---

Pakistán, Qatar, Siria y la República Árabe de Yemen, no dispone más que del 7.10 o 7.9% de los votos (*Reporte anual*, 1986). Pero el funcionamiento interno no puede ser considerado como reflejo directo de esta situación. Sí, el consejo de administración es confrontado también al consejo de los gobernantes, etcétera.

De hecho, la dimensión antropológica de las instituciones públicas está en relación con las dificultades mismas de la definición de su *función*, dificultades bien conocidas en la crítica antropológica del *funcionalismo*. Mientras que esta última actitud afirma que las instituciones (“primarias”, como la familia o el matrimonio, o “secundarias” como las instituciones del desarrollo) deben su existencia a necesidades que habría que satisfacer, la crítica del funcionalismo señala que no es posible sostener la existencia de necesidades definidas en una especie de instante fuera del tiempo, a-histórico, para luego plantear que las instituciones se construyen para satisfacerlas. En otras palabras, las formas mismas de las instituciones también confieren su especificidad a las necesidades. De alguna manera, es lo que nota Charmes (1986), cuando señala que “las teorías del desarrollo dependen estrechamente de la naturaleza de la recaudación de información”.

El “desarrollo” proporciona una cantidad casi infinita de ilustraciones de estas observaciones generales. Los grandes proyectos industriales del África de los años 1960 son indisociables del peso de los “grandes cuerpos” a la francesa (Minas, Puentes, etcétera) en la intervención y el consejo (Giri 1986); lo que se identifica *a posteriori* como una relativa indiferencia hacia las cuestiones agrícolas tiene que ver, evidentemente, con una identificación, que necesitaría ser especificada, de las “tecnoestructuras” a las ciudades; algunas campañas de “planeación” familiar en África del Este no habrían sido lo que resultaron si las mujeres responsables del proyecto no hubieran sido solteras americanas,<sup>17</sup> etcétera. En el mismo orden de ideas, el politólogo Sorman (1987: 118) señala en un libro “de divulgación” que el representante del Banco Mundial en Abidjan “podría ser otro”, que “si habla inglés será con acento francés y viceversa”, porque, señala en términos gráficos, “el representante del Banco Mundial no es un individuo, es una raza, como el “enarco” ††† o el *civil servant* británico” (*ibid.*) A estas observaciones responden las de un economista del “Banco” que, de manera un poco provocativa, ve en ello un funcionamiento “muy kagebiano” (de la KGB soviética), es decir muy centralizado, muy piramidal y muy impersonal, y donde todo lo que “sube” a los directores de

---

††† NB. Se refiere al egresado de la Escuela Nacional de Administración (Pública) de Francia, una de las grandes escuelas de élite de ese país.

17. Comunicación oral de un supervisor.

proyecto y a los vice-presidentes debe ser “aclarado”.<sup>18</sup> La única definición de esta “aclaración”, que no es en absoluto reducible a un control “político” *a posteriori*, merecería un buen número de comentarios locales.

Este ejemplo es por demás ilustrativo del espíritu de esta investigación, que relaciona formas institucionales y acción. Si la “impersonalidad” del Banco Mundial es notoria para los observadores internos y externos, debe constatarse igualmente que es difícil imaginar una organización financiera, propiedad de 148 países, que emplee varios miles de funcionarios de una centena de nacionalidades, como otra cosa que no sea una organización “impersonal”. Sin embargo, la impersonalidad no es un dato, es un estilo: es tal vez, entre otras características, lo que define la especificidad del “Banco” y, por lo tanto, la forma de los proyectos y de las situaciones en que “él” interviene.

En suma, los motivos de la investigación presentada pueden resumirse bastante bien en las observaciones de Boyer (1986: 59), según las cuales “toda forma institucional difunde un principio de socialización, aun cuando éste sea parcial”; de Veyne, ya citado, para quien “cada campo de acción tiene su lógica oculta”; y más generalmente de Sahlins (1976: 212), quien señala “la especificidad de la estructura institucional occidental.”

### *La investigación: breves observaciones*

A pesar de las apariencias, la investigación está emparentada con una investigación antropológica de las más clásicas. Se construye tan completamente como es posible en función de lo que dicen los actores, a quienes uno puede acercarse por redes de conocimientos más o menos acumulativos. Esforzándose por abstraerse de toda posición distinta de la de una escucha tan bienintencionada como sea posible, a medida que avanza parece demostrar la validez de la observación de Evans-Pritchard: “el informante siempre tiene razón”. A veces es mal recibida, pero no más ni menos que con los agricultores de Madagascar o de otro lugar. Las instituciones públicas son mundos cerrados y defensivos, se dice; pero no más que un linaje asante. Es posible, se dice, obligar a los agricultores a hablar de su vida social pero no a los diplomados de

---

18. Comunicación oral.



Harvard; empero no puede hacerse antropología por medio de la coerción. Hay “secretos” a los cuales no se accederá: pero eso es olvidar que la antropología no busca el *scoop* periodístico, sino las cosas banales y cotidianas; es olvidar que los secretos de la economía internacional son probablemente, como todos los “secretos”, magros secretos. Asimismo, se dice, no se accederá al consejo de los gobernantes del Banco, o al comité directivo del FAC; pero con todo el respeto que nos merezcan, ese consejo y ese comité no serían nada sin el resto de la institución; sobre todo, nada prueba que uno o más miembros de estas instancias no estén dispuestos a hablar de su trabajo.

El investigador es objeto de una proyección, como en cualquier otro lado. Esta proyección debe como en otro lado reducirse a medida que la investigación avanza: eso es parte del trabajo de investigación. Para el uno, que “coopera” en posición frágil pero bastante importante en una estructura nacional de un país del Tercer Mundo (en una investigación sobre una “línea presupuestal”), se trata de una “evaluación”, un término cuyo significado exacto forma parte, sin embargo, de la investigación; para el otro, investigador consultante que se pregunta con horror y fascinación qué diablos es la teoría en ciencias sociales (una buena pregunta), se trata de hacer una teoría de los proyectos de desarrollo, aunque no se esté ahí, si es que eso es posible; para otros más, muy identificados con la institución, se trata de la enésima agresión incontrolada contra las instituciones internacionales que se supone “caen” sobre el pobre campesino del Tercer Mundo, aun cuando se les ha prevenido acerca de sus propias prevenciones contra este tipo de actitud. De igual manera, un agricultor sakalava de Madagascar podrá pensar que el trabajo genealógico, en el que uno se ve forzado a revelar nombres, tiene algo que ver con los impuestos; que si no es ése el caso, seguramente uno puede interesarse en su linaje, pero no en el de Fulano, que siempre ha sido su peor enemigo; que asistir a un entierro “real” es “servir a los reyes”. Si “el informante siempre tiene la razón”, esas proyecciones, suponiendo que no sean reducibles, permiten en todo caso aprender mucho acerca de lo que es la institución vista por sus actores. Pero la investigación antropológica no puede evidentemente reducirse a una pura proyección. En esta investigación como en la de la antropología llamada clásica, lo que permite hablar a la gente es el interés que manifiestan por su propia vida, sean funcionarios internacionales o no.

Las mismas analogías son válidas para la definición de los hechos estudiados aquí, lo que no va de suyo. A pesar de las apariencias, no puede estudiarse el “Banco Mundial” en tanto tal: nadie lo ha visto jamás. Pero nadie ha visto jamás tampoco un linaje, que se define necesariamente en relación con personas muertas y enterradas, por ciertos tipos de relaciones específicas entre personas vivas, y no por la yuxtaposición de esas personas. Sin embargo, aun suponiendo que el “Banco” existe como un objeto masivo, nunca está solo: siendo “funcional”, no existe más que en los préstamos que hace, y por lo tanto en las relaciones particulares con otros, que podemos llamar “líneas”, “proyectos”, “misiones”. Lo que la investigación puede entonces describir en un primer momento, a falta del ambicioso proyecto de “comprenderlo”, son situaciones siempre específicas que ponen en relación con actores económicos y sociales que no son menos específicos. Queda ahora este tema de estudio mayor, constantemente subyacente a estas observaciones pero poco abordado en este texto, del hecho de la prioridad dada a los hechos “occidentales”: la marca impresa por las sociedades “en desarrollo” sobre las instituciones mismas del desarrollo, y la naturaleza de los diálogos y confrontaciones así definidos.\*

Traducción del francés de Hilda Morán.

#### BIBLIOGRAFÍA

Anson-Meyer, Monique

1983 “Le mythe de la comptabilité nationale en Afrique”, *Revue d'économie politique* 1: 86-111.

Aron, Raymond

1964 *Dix-huit leçons sur la société industrielle*. París: Gallimard (Co1. Idées).

Augé, Marc

1979 *Symbole, fonction, histoire. Les interrogations de l'anthropologie*. París: Hachette.

---

\* Tomado, con autorización del autor, de *Études Rurales*, núms. 105-106, enero-junio de 1987, pp. 267-298.

Baré, Jean-François

- 1987 “Pour une approche anthropologique des politiques de développement”, en *Économies en transition: secteur informel, développement rural et macro-économie. Anthropologie du développement*. París: ORSTOM (Boletín del Departamento H).

Blanc, Michel

- “Note à propos de M. Anson-Meyer”, *Bulletin bibliographique du Service de coopération de l'insee 2*, París.

Boyer, Robert

- 1986 *La théorie de la régulation: une analyse critique*. París: Agalma-La Découverte.

Braudel, Fernand

- 1979 *Civilisation matérielle et capitalisme*. París: A. Colin (3 vol.).  
 1985 *La dynamique du capitalisme*. París: Arthaud.  
 1986 *L'identité de la France i*. París: Arthaud-Flammarion.

Brunner, Edward M. & Victor W. Turner (eds.)

- 1986 *The Anthropology of Experience. With an Epilogue by Clifford Geertz*. Urbana y Chicago: The University of Illinois Press.

Carré, J.-J, P. Dubois y E. Malinvaud

- 1972 *La croissance française*. París: Le Seuil.

Castoriadis, Cornelius

- 1971 *L'institution imaginaire de la société*. París: Presses Universitaires de France.  
 1977 “Réflexions sur ‘le’ développement et ‘la’ rationalité”, *Domaines de l'homme. Les carrefours du ‘labyrinthe ii*. París: Le Seuil, pp. 131-174.

Charmes, Jacques

- 1980 *La problématique de la transition*. París: nota de trabajo multicopiada del grupo insee-amira.
- 1986 “Place et rôle du secteur non structuré dans la planification du développement et les politiques d’emploi en Tunisie”, en *Tunisia: Industrial Employment*. Washington: World Bank.

Chauveau, Jean-Pierre

- 1986 “Le développement approprié. Mise en valeur coloniale et autonomie locale: perspective historique sur deux exemples ouest-africains”, en *Histoire, histoires*. París: ORSTOM (equipo Autonomía y Dependencia, Departamento H), pp. 23-43.

Couty, Philippe

- 1984 “Les dominations en science économique”, en *Pratiques et politiques scientifiques*. Actes du Forum “Pratiques et politiques de science”. París: ORSTOM.
- 1986 “Figures du développeur: l’artilleur et le tisserand”. Ponencia del coloquio “Terrains et perspectives”. París: ORSTOM.
- 1987 “Développement autonome et compensation”, *Études rurales*, 105-106.

Denison, Edward F.

- 1967 *Why Growth Rates Differ*. Washington: The Brooking Institution.

Douglas, Mary

- 1975 *Implicit Meanings*. Londres: Routledge & Kegan Paul.

Dozon, Jean Pierre

- 1985 “Quand les pastoriens traquaient la maladie du sommeil”, *Sciences sociales et santé* iii (3-4): 27-57.

Dumont, Louis

- 1977 *Homo aequalis*. París: Gallimard (Bibliothèque des Sciences humaines).

- 1983 *Essais sur l'individualisme. Une perspective anthropologique sur l'idéologie moderne.* París: Esprit/Seuil.
- Favret-Saada Jeanne  
 1977 *Les mots, la mort, les sorts. La sorcellerie dans le bocage.* París: Gallimard (Bibliothèque des Sciences humaines).
- Fuà, Giorgio  
 1985 “Les voies diverses du développement en Europe”, *Annales esc*, mayo-junio: 579-604.
- Giri, Jacques  
 1986 *L'Afrique en panne. Vingt-cinq ans de 'développement'.* París: Karthala.
- Godelier, Maurice  
 1966 *Rationalité et irrationalité en économie.* París: Maspéro (Col. Économie et socialisme).
- Goodenough, Ward H. (ed.)  
 1964 *Explorations in Cultural Anthropology. Essays in Honor of G. P. Murdoc.* Nueva York: Mc Graw Hill.
- Guillaumont, Patrick  
 1985 *Économie du développement.* París. Presses Universitaires de France (Col. Thémis, 3 vol.).
- Hagen, Everett E.  
 1982 *Économie du développement.* París: Economica.
- Hirschman, Albert O.  
 1964 *Stratégie du développement économique.* París: Éditions Ouvrières (Col. Économie et humanisme).  
 1972 *Face au déclin des entreprises et des institutions.* París: Les Éditions Ouvrières.  
 1980 *Les passions et les intérêts.* París: Presses Universitaires de France.

Hobsbawm, Eric. J.

1962 *The Age of Reuolution, 1789-1948*. Nueva York: The American Library.

1986 *Industry and Empire*. Londres: Weidenfeld & Nicholson.

Jessua, Claude

1982 *Eléments d'analyse macro-économique*. París: Montchrestien (Précis Domats).

Koerner, Peter, Gero Maass, Thomas Siebold y Rainer Tetzlaff

1986 *The I.M.F. and the Debt Crisis*. Hamburgo: Junius Verlag.

Kolm, Serge C.

1987 *L'homme pluridimensionnel*. París: Albin Michel.

Kuznets, Simon

1972 *Croissance et structure économique*. París: Calmann-Lévy (Économie contemporaine).

Lacouture, Jean

1981 *Pierre Mendès France*. París: Le Seuil.

Lecaillon, Jean

1972 *La croissance économique*. París: Presses Universitaires de France.

Lenclud, Gérard

1984 "Note critique. L'eau dans la cité. Techniques et milieux symboliques", *Études rurales* 93-94: 151-161.

Lévi-Strauss, Claude

1963 *La pensée sauvage*. París: Plon.

1964 *Mythologiques. Le cru et le cuit*. París: Plon.

1973 *Anthropologie structurale II*. París: Plon.

Lewis, Arthur R.

1954 "Economic Development with Unlimited Supplies of Labor", *Manchester School*, 22: 131-191.

- Parkin, David (ed.)  
 1982 *Semantic Anthropology*. Londres-Nueva York: Academic Press (Monographs 22).
- Perroux, François  
 1969 *L'économie du xxe siècle*. París: Presses Universitaires de France.
- Rich, Norman  
 1977 *The Age of Nationalism and Reform*. Nueva York: W. W. Norton.
- Sahlins, Marshal  
 1980 *Au coeur des sociétés. Raison utilitaire et raison culturelle*, París: Gallimard (Bibliothèque des Sciences humaines). Traducción francesa de *Culture and Practical Reason*. Chicago (1976).
- Schwartz, Marc J., Victor W. Turner, Arthur Tuden (eds.)  
 1966 *Political Anthropology*. Chicago: Aldine Publishing Cy.
- Sorman, Guy  
 1987 *La nouvelle richesse des nations*. París: Fayard.
- Touraine, Alain  
 1969 *La société post-industrielle*. París: Denoël (Col. Médiations).
- Tyler, Stephen A. (ed.)  
 1969 *Cognitive Anthropology*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
- Veyne, Paul  
 1971 *Comment on écrit l'histoire*. París: Le Seuil (Col. Points).